

mí, y todo lo concerniente a mis versos, y lee las cuatro páginas fríamente, como un bosquejo, necesariamente mal escrito e informe, de un artículo de arte,

Tuyo

STÉPHANE MALLARMÉ

A Henri Cazalis

Tournon, Miércoles santo [23 marzo] 1864

Mi buen Henri:

¡Te quejas de nuestro silencio! En primer lugar, te explicaré que hace mucho tiempo que no he escrito a nadie. Te diré después de esto que tu nombre está tan a menudo ¡siempre! – en nuestros labios que encuentro casi inútil fatigar mi débil cerebro y escudriñar una hora para sacar banalidades que tú conoces.

No he escrito en mucho tiempo, porque la melancolía me ha invadido enteramente. ¿Te aburrirías en Estrasburgo, que es una ciudad amiga del pensamiento? ¡Ah! amigo mío, entiende que aquí se deja ir a los últimos desalentados. La acción es nula; se gira en un círculo estrecho como los caballos idiotas de un circo de feria, ¡y al son de qué música, Dios mío! Sin los tribunales, yo metería fuego a las innobles casas que veo irrevocablemente desde mi ventana, a cada hora del día, tontas y necias: y en ocasiones alojaría una bala en el cráneo embrutecido de esos miserables vecinos que hacen todos los días lo mismo, y cuyas vidas fastidiosas combinan ante mis ojos apenados el espantoso espectáculo de la inmovilidad que inclina al tedio. ¡Si al menos fuera la inmovilidad del sol! –Sí, me doy cuenta, me hundo cada día más en mí mismo: cada día el desaliento me domina, me muero de torpor. Saldré de aquí embrutecido, anulado. Tengo ganas de golpear los muros de mi cabeza para despertarme.

Ya ves, la provincia no es buena ni saludable sino para las naturalezas exuberantes, activas, plenas de salud. Éstas vivifican todo en torno a ellas, y se sostienen, si se debilitan, por la noble voluntad. Así nuestro Emmanuel.

Pero el alma pasiva, enferma, debilitada, impotente, que, excitada a cada instante por el contacto de París y fortalecido por el gran baño de las muchedumbres, puede hacer grandes cosas, se muere en provincia, en una ciudad miserable que no ofrece siquiera las distracciones del cuerpo.

Tú me dirás que nosotros somos dos. No. No somos sino uno. Marie llora cuando lloro y se aburre cuando estoy melancólico. Es mi sombra

angélica, paradisíaca, pero su dulzura natural no sabría hacer de ella mi lady Macbeth.

Comprende pues mi silencio: tengo alrededor de veinte cartas por contestar cada mes, o treinta. Las retomo cada día: son las heridas que es necesario reabrir. Sin contar con que una carta provoque horror a la pluma y no la retome más, durante los siguientes días, para mis composiciones literarias...

A la mañana me levanto relativamente fuerte y alegre, luego declino, y hacia la cena todas mis fuerzas están agotadas –me acuesto a las siete.

Tú no comprenderás eso. Pero yo lo sufro. No me des consejos que tú sabes dar con tu alma fuerte y a menudo invencible, necesitaría que me curase antes. *Sursum corda* sería una palabra perfectamente ridícula para gritarme. Sobre todo no me regañes si no te escribo más seguido. Para una carta, enfermo una semana entera, antes y después.

He esperado, para escribirte ésta, la visita de Emmanuel. Ha venido a vernos últimamente, te lo contará: ¡qué adorable jornada! Estoy tan débil de cabeza que su alegría maravillosa y su amistad ruidosa, tras su visita, me han dejado literalmente muy mal toda una tarde. Tengo una intolerable neuralgia. Adiós, mi buen Henri, te amamos de todo corazón. Marie está un poco dolorida y débil.

Tu hermano,

STÉPHANE

Te envío versos míos, *Las flores*, que no has leído, creo, –y un maravilloso soneto– uno de los más bellos que yo sepa, de uno de mis viejos e íntimos amigos, *Lefébure*⁴. Saludos a Armand Renaud.

A Henri Cazalis

[1865]

Mi buen Henri:

He pasado un triste domingo de lluvia respondiendo algunas cartas que tenía sobre mi mesa, a fin de desembarazar mi semana, que está dedicada al trabajo; y, ahora que toda la correspondencia apresurada ha salido, quiero conversar un poco contigo antes de cenar. En primer lugar, te agradeceré la gran felicidad que me das, la de oír en este momento a mi Marie mecer a nuestra pequeña Geneviève, destinada a tener dos grandes alas en su espalda, con deliciosas canciones alemanas,

⁴ Eugène Lefébure (1838-1908), condiscípulo y corresponsal de Mallarmé.